

el estuche y me alargaron cuchillas y sierras. Las tomé sin saber lo que hacía; me parecieron ascuas. Los momentos eran preciosos, la vacilación imposible. Los sanitarios comenzaron á mirarme con extrañeza; pensaban que tenía miedo...

Mucho trabajo me costó reponerme, pero me repuse. Me acordé de que San Bernardino, con ser santo, comprendía la caridad comenzando por sí mismo, y oyendo sólo la voz egoísta de mi conservación propia me preparé á hundir la cuchilla en cualquier parte del cuerpo de aquel desdichado. Cerré los ojos, encomendéme á la Virgen y... una granada de á quince, silbando con furia, atravesó el muro de la pieza abriendo enorme boquete, y derribando de paso vigas y ladrillos vino á reventar con horrible estrépito en el centro de la sala. No sé lo que pasó y rodé envuelto entre escombros, polvo y humo; por fortuna escapé ileso del trance. Salí como pude de entre el aluvion que se me viniera encima, y me horroricé al contemplar el aspecto de la ambulancia. Las paredes cuarteadas y llenas de agujeros, los muebles hechos pedazos, los colchones ardiendo, con seis ú ocho hombres que me acompañaban mal heridos ó muertos. Saltando por encima de ellos llegué á una ventana, y sin detenerme en apreciar su altura me arrojé por ella. Era del piso principal; pero me tiré tan aturdido que recibí un fuerte golpe. Me levanté á duras penas, y roto el uniforme y cubierto de polvo, atravesé cojeando la plaza por entre tiradores que volvían del combate. Ellos me dijeron que los carlistas habían abandonado el campo, fracasada su intentona de una sorpresa, y que el tren de heridos partía para la ciudad en aquel momento. Apreté á correr sofocando mis dolores; un instante despues hubiera sido tarde, pues el convoy iba á salir del casco de trincheras, y al verme solo y destrozado me habrían detenido por sospechoso. Rafael tenía un balazo en el hombro, razón por la que no pudo ocuparse de mi persona. Hallé el cielo abierto, y á él se le quitó de encima enorme peso al verme volver sano y salvo relativamente. Llegamos de noche á la ciudad: nuevas complicaciones. Mi regimiento se puso sobre las armas, aunque sin salir del cuartel. Fué notada mi falta; mi amigo encontró imposible la excusa y confesó de plano, y el coronel, que me amaba como á un hijo, inventó no sé qué patraña de comisión del servicio para librarme del compromiso. Pero no escapé de la grito más tremenda que oyó mortal nacido, ni de dos meses de arresto en las horas libres.

¿Ha pasado alguno de Vds. mayor apuro? ¿Exponerse á ser tomado por desertor al frente del enemigo, usurpar un estado, verse en la precisión de desollar á un hombre, y todo por el amor? ¿Que digan luégo que los hombres tenemos el corazón de roble!

—¡Ay!... pero le socorrió á Vd. una bala de á quince—dijo á nuestras espaldas fresca voz femenina; ántes de que ninguno de los oyentes pudiéramos decir una palabra volvimos la cabeza absortos. Era la Baronesa... Deciliosa mujer en sus treinta veranos, alta y esbelta, luciendo, gracias al traje de baile, el seno y los brazos de nieve.

—Lo dicho—exclamó.—Sin notar lo Vds. he oído la historia, y el tal aprieto no puede compararse con el mío. Soy casada, fiel á mi esposo, y no puedo librarme de un pécora é insulso adorador que ni á sol ni á sombra me deja. Y cuénten que no veo ninguna bala salvadora que me saque del lance, como al Sr. Brigadier aconteció. Lo único que espero es que amor dirija al fin flechas de plomo al héroe en cuestión. Con que ¿cuál es mayor compromiso?

El Brigadier quedó derrotado, y no por gantería, si porque lo dictaba la justicia, dimos la razón á la encantadora Baronesa.

A. PEREZ G. NIEVA.

## CATAOVALES

TRADICION VIZCAINA

### I

Lleve Los Dos MUNDOS á tantos compatriotas míos como residen en la América latina, con el pensamiento y el corazón en los valles nativos, una de las mil tradiciones que he recogido en estos amados pueblos, y llévela desnuda de toda gala retórica, pues me falta tiempo para suplir con estas galas su desnudez originaria.

### II

Al Oeste del valle donde tienen asiento los concejos de Galdames y Sopuerta, arrancan dos altas montañas que corren paralelas hacia el valle de Arcentales, separadas por una honda y estrecha cañada por cuyo fondo se precipita un bullicioso y claro río, cuyas riberas pueblan frondosas arboledas y ruinas de ferrerías y de aceñas. Casi al comedio de esta cañada, en la ribera izquierda, blanquea la aldeita de Labarrieta con sus doce ó catorce casas, rodeadas de heredades, viñedos y árboles frutales, con su iglesita de Santa Cruz y su ermita de Santa Lucía que tapa la boca y sirve como de santa portería á una singular caverna, allá arriba, allá arriba, en la ladera de la montaña.

Sirviendo como de estribación á la montaña meridional ó del lado opuesto, y asomándose por espacio de media legua á la hondonada, sigue la dirección de ésta un cordón de blancas rocas calcáreas que, elevándose cada vez más, terminan frente á la aldeita con una elevación tal, que causa vértigo el asomarse á ellas por el campo del Oral, nombre que lleva la planicie ó meseta que en aquel punto las dominan.

Aquella parte de la cordillera pétreá se llama la Peña de la Miel, porque es frecuente ver destilar por ella la miel de los panales que labran las abejas en sus grutas y concavidades.

Para terminar esta pesada descripción, añadiré que desde el campo del Oral, ó sea desde encima de la Peña de la Miel, se descubre por entre las dos montañas, allá en el lejano valle de Arcentales, una iglesia que tiene la advocación de San Miguel de Linares.

### III

Habia en Labaluga, feligresía de Sopuerta, un tal Pablo, conocido con el sobrenombre de *Cataovales*, que le habían puesto en su mocedad con motivo de haber sido varias veces perseguido por la justicia como castrador fraudulento de colmenas, que allí se llaman *ovales* y abundaban más que ahora en tiempos todavía no lejanos.

*Cataovales* tomó una hermosa mañana un piricacho ó cesto, una sogá y una hoz, y trasponiéndose por el portillo de Latrave la iniciación de la cordillera opuesta á la que tiene por estribación las rocas calcáreas que terminan en la Peña de la Miel, descendió á la hondonada, vadeó el río por el puente de Lacilla; hala, hala, trepó al campo del Oral por los castaños de Sopenña, y se dispuso á la arriesgada y difícil operación de llenar el cesto de *tástanos* (como allí llaman á los panales de cera y miel) de los que las abejas monchinas y silvestres elaboraban en las grietas de la gran peña.

Ató un extremo de la sogá al tronco de una encina achaparrada que crecía en el borde de

la peña, sujetó á su cintura el cesto con el *ceñidor* ó faja, afianzó á su cuerpo por bajo los sobacos el otro extremo de la sogá, colocó la hoz dentro del piricacho, y despues de asomarse al borde de la peña y sonreír de codiciosa alegría viendo algunos dorados panales rebosar de las grietas donde habían sido elaborados, se decidió á descender hasta ellos; pero al santiguarse como invocando la protección divina en tan arriesgado descenso, que no dejaba de infundirle temor, dirigió la vista hacia Arcentales, y descubriendo el alto campanario de la iglesia de San Miguel de Linares, se arrodilló, se descubrió la cabeza y exclamó extendiendo los brazos en actitud de súplica: «¡Glorioso San Miguel, para tí la cera y para mí la miel!»

Hecha esta promesa, que disipó su temor por completo, descendió con mucha serenidad por el primer término de aquel espantoso abismo, asiéndose con ambas manos á la sogá detúvose en un pequeño saliente de la roca donde logró fijar ambos piés y repitiendo sin cesar: «¡Glorioso San Miguel, para tí la cera y para mí la miel!»

Y mangándose como el santo le dió á entender, y aguantando heroicamente los picotazos de las abejas, indignadas del latrocinio de que eran víctimas, corta que corta y engancha que engancha tástanos en la hoz, llenó de ellos el piricacho, y reiterando su promesa al glorioso San Miguel emprendió el ascenso y le terminó con la mayor felicidad, salvos los picotazos de las abejas, que habían puesto su cara encendida y hasta abultada como un tomate.

Una vez sobre la peña con su rica cosecha de miel y cera, *Cataovales* se puso á contemplarla con delicia, y de esta silenciosa contemplación salió dirigiendo la vista hacia Arcentales y exclamando:

—Glorioso San Miguel, para mí la cera y para mí la miel.

### IV

*Cataovales*, con su piricacho de tástanos al hombro, descendió por los castaños de Sopenña al puente de Lacilla, y ántes de emprender la salida al portillo de Latrave, se detuvo sobre el puente para descansar y contemplar el río, que iba cada vez más crecido con motivo de estarse verificando un rápido deshielo en las nevadas alturas de Colisa que dominan á Arcentales.

El puente de Lacilla era de madera y tenía barandas de la misma. En una de las barandas apoyó *Cataovales* el piricacho, sujetándole con una mano y restregándose con la otra los picotazos de las abejas, que aún le escocían como sianapismos de fuego.

Estando en esto, una de las abejas que quedaban entre los tástanos le clavó el aguijón en la mano con que se frotaba la cara, y *Cataovales*, llevando maquinalmente á la picadura la mano con que sujetaba el piricacho, éste fué á parar al río con todo su contenido.

Al verle desaparecer en la turbia y furiosa corriente, no tuvo límites la desesperación de Pablo que, volviéndose hacia Arcentales, exclamó:

—Glorioso San Miguel, para el Diablo la cera y para el Diablo la miel.

—¡Y también para el Diablo el alma de Pablo!—contestó á aquella desesperada é irónica exclamación otra misteriosísima que parecía venir de hacia Arcentales, repercutiendo río abajo por las sombrías arboledas hasta alcanzar la horrisonancia del trueno al llegar al puente de Lacilla, que en aquel instante fué derribado y arrastrado por una montaña de agua con el desdichado *Cataovales*, cuyos huesos se encontraron algún tiempo despues tres leguas más

abajo, en la playa de Pobeña, como los de mi bisabuelo materno<sup>1</sup>, con la única diferencia de que los de mi bisabuelo estaban blancos como la nieve, y los de *Cataovales* negros como un tizon.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao 15 Diciembre 1884.

## REVISTA EXTRANJERA

¿Por qué no vienen los judíos? ¿Por qué no se marchan los gitanos?

Mientras la Europa oriental sigue siendo presa de la agitación antisemítica, en realidad otra fase de la guerra de los pobres contra los ricos, y cuando los occidentales, sobre todo los españoles, apenas tenemos la honra de conocer á los benditos por Dios en Abraham, Israel y Jacob más que por las grotescas figuras de algunos monumentos, parécenos conveniente investigar por qué los judíos no vienen y por qué no marchan los gitanos de nuestro país, á pesar de llamarse á los primeros y de no quererse la vecindad de los segundos. Dios nos libre de malos juicios; pero si de religión tratamos, el pueblo cree que unos y otros son extraños á la de nuestros padres, y que sacrifican al becerro de oro, no sus alhajas como los mal aconsejados hebreos, sino las de otros que pueden haber á las manos. Ni aquéllos ni éstos logran en esta tierra por que todos han pasado, hacerse del todo semejantes á nuestros compatriotas, y sin tener entre sí relación parece que siguen ambas razas el sistema del aislamiento, que es como el decoro de los proscritos y la dignidad de los desterrados. En cambio, los judíos, hoy en todas partes abyectos, han perdido el aprecio de sí mismos, que ántes no les faltaba, y los gitanos, antiguos parias, viviendo más en la naturaleza que en la sociedad, y en el campo con preferencia á las ciudades, han adquirido una dignidad personal, que en la India, probablemente su patria, jamás distingue las razas desheredadas. No sucede lo mismo respecto á la manera de sitiar las bolsas: los judíos hurtan como personas civilizadas; los gitanos como salteadores de caminos, doble procedimiento para quedar sin lo suyo el robado, que se reduce á una sola y única manera de perderlo. El israelita, que en los buenos tiempos de su nación fué agricultor, se ha hecho comerciante; el antiguo paria desdeña igualmente la agricultura y el comercio, y sólo ejerce una tradicional clase de industria. Jamás han sido perseguidos los gitanos como los judíos, porque mientras éstos conservan todo lo que pueden de sus primitivas costumbres, cuando en ello no disminuyan su patrimonio, los gitanos, que no recuerdan bien cuáles fueron las costumbres de sus padres, se esfuerzan por copiar la de los países en que viven y hasta modifican burlescamente su común y primitivo lenguaje, dándole las formas gramaticales de los países europeos ó asiáticos en que se establecen. Los israelitas no hacen prosélitos en su religión ni atraen á los extraños á su género de vida; los gitanos no se desdeñan de adquirir amigos ni de seducir á jóvenes con los encantos de la vida aventurera. A pesar de estas y de otras diferencias que entre ambas razas observamos, las una cierto parecido asiático y una comunidad en la desgracia, en la que los judíos se abaten y los gitanos no se humillan. Si lleva alguna raza el sello de una providencial reprobación, es sin duda la primera, á pesar de que Pío IX hizo derribar las puertas de Ghetto, que ahora va á desaparecer enramente.

Antiguos huéspedes nuestros los judíos, parece que se han despedido para siempre de nosotros, porque no hay revolución en las ideas ni cambio en las instituciones que los atraiga á nuestro territorio. No fueron en él tratados con mayor dureza que en Francia, Inglaterra y Alemania, y sin embargo no supieron abandonar del todo á estos últimos pueblos. Fueron bien recibidos en Portugal y en Roma cuando los expulsamos, y sin embargo no tomaron como residencia predilecta estos países hospitalarios y prefirieron

<sup>1</sup> Esta es una singular historia de familia que he contado en mi titulado libro *De flor en flor*.

habitar entre los húngaros y los esclavos, que no les mostraban semejante benevolencia. Los que pasaron al Africa tuvieron que devorar indecibles humillaciones, interrumpidas por golpes, que sólo pudiera consentir un esclavo, y tampoco salieron del Norte de aquel continente. Es que donde vieron florecer la industria, fomentarse el lujo, dar rienda suelta á las ambiciones y á los vicios, con los que se alimenta la usura, ó donde el palo amenaza continuamente su cerviz, *verdaderamente durísima*, como en los tiempos bíblicos, ó, por el contrario, donde pudieron humillarse hasta la degradación, sin perder por completo el manejo del dinero, encontraron condiciones adecuadas para su genio y habilidades; pero en España, donde no se observaba la fiebre de la especulación, ni ménos la degradación de los africanos, no podían continuar á gusto su vida. De la Inquisición hubieran podido burlarse, porque de la Inquisición se burlaba siempre la hipocresía, y en la mencionada raza abundaron los hipócritas y los caracteres serviles. Si los judíos no intentaron volver á España hasta nuestros tiempos, fué porque no les convenía.

Así se explica que si una medida de intolerancia los alejó de España, la declaración una y otra vez repetida de libertad de cultos no haya conseguido atraerlos. Mejor que algunos de nuestros estadistas saben los capitalistas judíos lo que se tributa y lo que se gana en España, y también saben que no conviene ir á cobrar una deuda á Rages exponiéndose á encontrar descomunal dragón por el camino. Saben que los capitales extranjeros, de cristianos ó de israelitas, pueden producir en España grandes ganancias sin necesidad de que el poseedor de los mismos salga del país en que vive, y que tanto mejor librado podía quedar en cuanto que no renuncie á pabellones extranjeros. He ahí por qué no vienen ni vendrán los magnates judíos, aunque alguna vez comprometan entre nosotros sus capitales, y por qué los pobres ó medianamente acomodados no saldrán, por más perseguidos y vejados que sean, de las tierras en que habitan desde el siglo XVII. Cálculos de los que no respondemos hacen subir á 700.000 el número de judíos españoles de Turquía y Anatolia (Asia menor).

No seríamos justos si atribuyésemos á la particular actitud hostil á los judíos, de ninguna clase de nuestra sociedad la continuada ausencia de esta raza. Ni el clero, que en tantas ocasiones los defendió de sus rabiosos contrarios, bien diferente del pastor de Berlín que ha predicado su exterminio; ni nuestra aristocracia, que tiene en sus venas tantas gotas de sangre hebrea, como demuestra el *Tizon de España*; ni los políticos, sobre todo los liberales, que una vez y otra han manifestado su benevolencia; ni la prensa, que trata de remediar en un día, con la difusión del saber, lo que en largos siglos hizo la ignorancia, tienen la culpa de que los judíos no vengan: las causas son otras, y, ó mucho nos equivocamos, ó son las que hemos referido. Hoy mismo la *Revue des études juives* mantiene en el estado de las letras la atención hacia el pueblo israelita.

Los gitanos han sufrido en varias épocas el rigor de las leyes, aunque no persecuciones por parte del pueblo. Los judíos se han apoderado de los ricos, llevando en la diestra cajas y sacos de dinero; los gitanos, con las manos vacías, examinando las de los demás, al mismo tiempo que sus bolsillos. Fijando su predilecta residencia en las provincias españolas, donde las razas están más confundidas, han sido un matiz oriental añadido á los otros que en ellas se observan; y de tal suerte se han mezclado con alguna parte del pueblo español, que muchas palabras han prestado al mismo Diccionario de nuestra lengua. Si no fueron, en opinión del pueblo, los que crucificaron al Hijo de Dios, fueron los que le negaron asilo, cuando niño aún estaba desterrado en Egipto. Excusado es decir que esto no podrá ser cierto cuando ellos mismos se hallaban en la India, cuya procedencia se descubre indudablemente en las raíces de su idioma, como ya presumió Hervás y demostraron Burrow y otros filólogos. Pero á pesar de semejante preocupación, el pueblo no les fué hostil, y aún hubo reyes y leyes que, á trueque de obligarles á fijar su residencia, les tendieron una mano protectora. En medio de nuestras villas y lugares reprodujeron las *juderías* de otras épocas sin temer que las saqueasen los ambiciosos, porque, á pesar de ser ladrones los habitantes, allí no se presumía que hubiese riquezas. La intriga descrita por Cervantes en

su novela *Preciosa* no dejó de ser verdad algunas veces, en los anteriores siglos, y jóvenes aventureros hubo que, enamorados de la vida vagabunda, siguieron los aduares de los que hacían de aquel género de vida su especial profesión. Lo que hay en España de sangre arábica (y es más de lo que comunmente se piensa) se adapta maravillosamente á semejante vida. El poeta callejero de alguna de nuestras provincias reproduce el tipo del cantor árabe: alrededor del *tandur* oriental, como en torno de nuestro brasero, se pasan agradablemente las veladas del invierno, y escuchando al aire libre leyendas de amor y de guerra las fugaces noches del verano; la independencia de nuestra raza nada encontraba de repulsivo en la vida errante que el peregrino, el contrabandista, el arriero y otros tipos y profesiones reproducían á su vista continuamente. Si los moriscos y los judíos hubiesen llegado como los gitanos á identificarse con determinadas clases del pueblo, seguramente no hubieran desaparecido de entre nosotros. He aquí por qué, en nuestro concepto, ni vienen á España los judíos, ni salen de nuestro territorio los gitanos. De todas suertes, el movimiento antisemítico de Oriente, si los primeros fuesen hoy nuestros huéspedes, no se hubiera extendido hasta nosotros.

### Cuatro viajeros españoles contemporáneos.

No es hoy ciertamente nuestro país el que cuenta mayor número de intrépidos viajeros, ni se enriquece, como en otro tiempo, la geografía universal con nombres españoles; pero no por eso faltan algunos que posponen al deseo de conocer y estudiar lejanas tierras toda otra afición, y que emprendiendo esta carrera desde la juventud pueden ser motivo legítimo de esperanzas para la ciencia y para la patria. Exceptuamos los misioneros á quienes tanto deben, y que hoy, como siempre, continúan incansables sus evangélicas tareas en Marruecos, en Siria, en América, en Tonkin y en la Australia.

El primer nombre que se nos presenta á la memoria viene acompañado del prestigio de la amistad que nos unió al incansable viajero que lo llevaba. Adolfo Rivadeneira participaba de nuestras mismas inclinaciones filológicas, de nuestra vocación por los estudios geográficos, y la fortuna le concedió lo que á nosotros nos ha negado, repetidas ocasiones de recorrer las comarcas lejanas, donde hacia siglos no se había oído el nombre de España. La carrera consular le proporcionó alguna facilidad para visitar ciertos países; su genio investigador y arriesgado le abrió mayores horizontes, y en pocos años recorrió la Italia, la Siria, el Egipto, la Persia, Ceilan y alguna parte de la península arábica: fruto de esta peregrinación fué la obra titulada *Viaje de Ceilan á Damasco*, á la que años pasados consagramos en el *Correo de las Antillas* un artículo bibliográfico. D. Mannel, padre de nuestro viajero, de quien publicamos también una necrología, y que, como editor de la *Biblioteca de autores españoles*, ha dejado un nombre esclarecido en nuestros anales tipográficos y literarios, no era ménos aficionado que su hijo á lejanas excursiones, y en Chile fué donde concibió el grandioso proyecto que se cumplió con la referida obra. La titulada *Viaje á Persia*, última de las de Adolfo, es curiosísima, y la mejor demostración de que su autor no omitía gastos, diligencias ni riesgos de ninguna especie, incluso los de la vida, para estudiar todas las circunstancias notables de una región geográfica. Nuestros comunes estudios sobre las lenguas rusa y persa prepararon al viajero para su expedición, y al autor de estas *Revistas para seguir*, aunque de lejos, con más interés y conocimiento de causa, los resultados de los viajes. Siempre, por otra parte, nos había unido el cultivo de las lenguas orientales, á que nos dedicábamos juntos, y cuando despues de su expedición á Persia vino á concluir sus días en larga y dolorosa enfermedad, y á las puertas mismas de nuestra morada, todavía proyectaba nuevas expediciones, como Robinson, el incorregible héroe de Daniel de Foë, cuya alma diría un espiritista que había trasmigado á nuestro Adolfo. ¡La Providencia le habrá concedido lo que más necesita un viajero que siempre deseaba encontrar en la ciencia y en el mundo nuevos horizontes, inextinguible luz y perpetuo descanso!

El segundo viajero español, que representa otra fase diferente de la que distinguió á Rivadeneira,

pues el deseo de adelantar los intereses comerciales de España se une en el que vamos á citar á la vocación por los estudios geográficos y literarios, es el Sr. Abargues de Sostén, á quien, si conocemos personalmente, no hemos tratado, ni tanto tiempo ni con tanta intimidad como á Rivadeneira. El teatro de las exploraciones del Sr. Abargues principalmente ha sido el Africa oriental, Egipto y Abisinia, cuyos países conoce tanto como el que más de los viajeros europeos, y que, según muestras de competencia especial, ya manifestadas en algunas publicaciones, piensa describir y darnos á conocer, para que los dueños de Filipinas no vayan en zaga á las demás potencias que tienen colonias en el Oriente, en cuanto se refiere á la exploración de aquellas regiones intermedias entre la metrópoli y sus posesiones. Las tendencias del Sr. Abargues son precisamente las más extendidas en nuestra época, y en todo tiempo, aún en los que parecieron menos interesados, movieron los pasos de los viajeros y la política de los gobernantes. El Sr. Abargues, entusiasta propagador de las exploraciones geográficas en el continente menos conocido de todos, por más que forme parte del mundo antiguo, es uno de los principales miembros de la Sociedad Africanista, fundada en Madrid, y su espíritu, eminentemente práctico, habrá de contribuir en nuestro concepto, á que sea más provechoso el resultado de estos trabajos.

No conocemos al Sr. Urrestarazu; pero de sus obras sobre *Marruecos y los árabes* en general que hemos leído y pueden vulgarizar entre nosotros importantes conocimientos etnológicos y geográficos, se deduce que ha estudiado con singular aplicación las costumbres de los pueblos musulmanes de Oriente y Occidente, que por lo poco que se han modificado desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días y por la gran parte que tomaron en nuestra historia son doblemente dignos de atención para los lectores españoles. El gran modelo de Aly-Bey-el Abassi (Badia Lebllich) puede haber sido imitado por Niebuhr, Pococke, Burton y otros; pero entre nosotros no han sido tantas las copias que no deba reconocerse á cada una de éstas su mérito. El Sr. Urrestarazu se condecora con el título de *taleb* y estampa en sus libros su firma en árabe.

El tercer viajero, de quien debemos hablar especialmente, es el Sr. Jimenez (D. Saturnino), conocido del autor de estas Revistas hace algunos años. Se dió á estimar como escritor en una *Historia de la Cruz Roja*, publicada en Barcelona; después, para estudiar los progresos de la misma institución en la guerra última entre Rusia y Turquía, se dirigió á estos países y á los Principados Danubianos; pero donde más ha demostrado sus muy apreciables dotes de viajero ha sido en Africa, y singularmente en Marruecos, desde donde escribe y dirige al periódico de Madrid *El Día* correspondencias muy importantes y patrióticas, tratando las cuestiones de aquel imperio que políticamente se refieren á España. El Sr. Jimenez es joven, activo, emprendedor y patriota, circunstancias todas que auguran para él un lisonjero porvenir, y grandes y ventajosos resultados para nuestros intereses allí, donde son mayores y por desgracia están más desatendidos. Representa ciertamente un tipo de viajeros muy diverso de Rivadeneira y de Abargues, tan escaso entre nuestros conciudadanos como abundante entre los ingleses. Ante todo, parecemos que su objeto es político; pero digna y desinteresadamente política, de la manera más conveniente á nuestras esperanzas y aspiraciones legítimas en el continente africano.

Como en Los Dos Mundos nos proponemos dar á conocer á los españoles personas y acontecimientos notables del extranjero y de otros países, y sobre todo á los hispano-americanos, personajes dignos de consideración en nuestra patria, hemos creído que debían figurar en nuestras Revistas los nombres de Rivadeneira, que es hispano-americano; de Abargues, de Urrestarazu y de Jimenez, para que se vea que, si no tan frecuente como entre los ingleses, el tipo del viajero que se propone en sus expediciones fines provechosos para la ciencia y la civilización, no es hoy completamente desconocido entre nosotros.

Al pueblo que no se esfuerza en darse á conocer nadie le conoce. Y así la ciencia, el comercio y la política deben servir de medios para que *sea*, según le convenga, amado, temido ó respetado.

#### «Derecho internacional,» por Lorimer.

En los *Principios de derecho internacional*, de Lorimer, sin nombrar la Alsacia Lorena, viene á legitimarse su posesión por los alemanes, diciendo que la mayor energía, población y riqueza de una nación vecina pueden empujar su población hacia las provincias cercanas de otro Estado y establecer frente á la soberanía política otra industrial y social, que á su vez se hará total y efectiva mediante una guerra. ¡Lo que hace decir el culto del dios Exito!

En la misma obra se dice que cuando los colonos llegan á olvidar su origen con el trascurso del tiempo, por ejemplo, de ciento cincuenta años, en Australia ó en Nueva-Zelandia, es natural y legítima y fatal la declaración de su independencia. El autor no se muestra más inglés en estas apreciaciones que francés en las ántes apuntadas. Hablando de una lengua internacional, y citando la francesa, dice que también deben admitirse el inglés y el italiano. Como no se acuerda de los hispano-americanos, para nada cuenta con la lengua española. Cree también que debieran escribirse algunos periódicos en latín para dar más rápida extensión á ciertos conocimientos. (*Op. cit.*, traducción de Nys., páginas 192, 361 y 344). Observa un periódico francés que Francia durante cien años, sólo desde 1832 á 1884, disfrutó un período de paz con España, más largo que el transcurrido entre 1870 y 1884.

#### Invenciones.

El norte-americano M. C. Cuttriss ha aplicado la fotografía á la palabra, fundándose en la unidad y reciproca transformación de las fuerzas de la naturaleza. Para esto, dispuesta una cámara oscura, transforma las vibraciones del sonido en ondas luminosas, la luz se pinta y deja una señal que se verá fotografiada.

Selmí, profesor de química en Bolonia, ha denominado *ptomainas* á ciertos compuestos orgánicos que resultan de la descomposición de los cadáveres. Se comprueba por los experimentos de aquél y por los de Gautier que las *ptomainas* son venenos muy enérgicos, y que su existencia debe tenerse en cuenta por los médicos forenses para no juzgar ligeramente acerca de los casos de envenenamiento criminal al practicar las autopsias dentro de cierto período. Este descubrimiento se relaciona con la preparación de la famosa *agua toffana* ó *manna* de San Nicolás de Bari, de los envenenadores italianos, que se preparaba con arsénico en los intestinos del cerdo. Gautier ha dicho además que el veneno de ciertas serpientes de la India es una verdadera *ptomaina*.

#### El «Índice» del autócrata ruso.

El Gobierno del Czar ha prohibido la publicación y lectura de las obras de Agassiz, Bagehot, Huxley, Zola, Lasalle, Lubbock, Lyell, Marx, Mill, Reclus, Herbert Spencer, Lecky, Luis Blanc, Lewis y hasta las obras de Adam Smith, que en Rusia, como en todas partes, se han olvidado de puro sabidas.

Si existieran en Rusia las dos potestades, ¿quién dudaría, al ver esto, de su concierto?

#### Los mineros y la civilización.

Los autores que en pasadas épocas bosquejaban las vicisitudes de las sociedades humanas tenían por verdad probada que del estado nómada de los cazadores se había pasado al pastoreo y cría de ganados y después á la agricultura para desarrollar en esta ocupación las instituciones de la vida civil y las leyes civiles y políticas. No mencionaban la profesión de los mineros, que en rigor no pertenecían á ninguna de aquéllas, pero que descubrían y colonizaban tierras; movidos por la sed del oro, fundaban ciudades y las daban cierta clase de gobierno, y á poco tiempo de haberse establecido traían á sus colonias á los labradores. Procedían casi siempre de naciones más civilizadas, pero pobres, como los argonautas que de Grecia pasaron á la Cólchida, entónces en un estado de barbarie, ó para comerciar, ó para beneficiar metales preciosos, como los cartagineses que aliaron la minería y el comercio, como los romanos que hicieron otro tanto con la guerra y el beneficio del oro y de la plata. Durante la Edad Media no tenemos noticia de que la minería se sobrepusiese á la agricultura: sin duda no cesaron sus trabajos; pero no fueron tantos ni tan productivos como en los pasados siglos. La alquimia ó la invención de la piedra filosofal logró alejar de la minería á los que hubiesen podido dedi-

carse á ella con algunos conocimientos científicos. El descubrimiento del nuevo continente inauguró una era de prosperidad para la minería y al mismo tiempo para la civilización, llegando á considerarse el oro y la plata como los únicos representantes de todos los valores. Dos móviles guiaron á los aventureros y descubridores: la propagación de la fe cristiana y el ansia de allegar riquezas, las dos tendencias de *ángel* y de *bestia*, que Pascal miraba como inseparables de la naturaleza humana, monstruosa amalgama que produjo innumerables males; pero á la que se debieron también grandes páginas históricas. Los mineros, sin embargo, sucedieron pronto á los que por medio de *rescates*, como entónces se decía, reunían tesoros y á los que los tomaban como botín de guerra, y entónces comenzaron de nuevo su tradicional encargo civilizador, poblándose las soledades de América y fundándose por donde quiera nuevas ciudades. Alturas inaccesibles, valles profundísimos, márgenes de ríos que compiten en magnitud con los mares, vecindades de salvajes tribus quedaron abiertas á los exploradores, y una raza trasplantada de las tierras africanas apareció en escena, cuando las indígenas, sobrecargadas de un trabajo ántes no conocido, iban extinguiéndose á consecuencia de este mismo trabajo. Andando el tiempo progresó la ciencia que dirige esta industria, y la escuela de Minas de Méjico llegó á ocupar el primer puesto entre todas las conocidas, y los geólogos é ingenieros americanos á compartir dignamente los trabajos de Humboldt, que los cita con singular elogio en sus obras. El último período de apogeo de la minería se ha observado en nuestro siglo, y como huella del mismo queda el engrandecimiento de dos regiones, California y Australia; la última, tan considerable, que puede reputarse un nuevo mundo, al que rodean como diadema de perlas innumerables islas oceánicas.

Cuando condenaba Ercilla en enérgicas octavas la ambición de los descubridores y más aún su avaricia, refiriéndose á las regiones americanas más pobres en metales preciosos entónces y aún ahora, léjos estaría de pensar, aún con su imaginación de poeta y su experiencia de viajero y soldado, que la *execrable sed del oro* produciría los crímenes de que están sembrados los breves anales de California; pero aún estaría más léjos de comprender cómo se improvisaría por los trabajos de los mineros una ciudad que es uno de los emporios del mundo y que en la historia que del porvenir se forme figurará como émula de Alejandria, de Constantinopla y de Venecia. Australia, que sólo había parecido digna morada de criminales arrojados de la sociedad de Europa, y donde la naturaleza se había complacido en producir fenómenos y animales inverosímiles, como los ornithorincos y los cisnes negros, comenzó á ser émulo de las tierras ya conocidas por la labor de sus *placeros* de oro.

Unos cuantos exploradores, salvando todo género de obstáculos y venciendo todo peligro, se aventuraron á recorrer aquellas tierras, sin mares interiores, sin vegetación, sin ríos, como un remedo del Africa en algunas regiones, y miles de obreros y aventureros, años más tarde, dedicándose al laboreo de las minas los que primeros llegaron, y las rezagados á la ganadería y labranza, fundaron para Inglaterra un imperio que conservará cuando pierda el de la India, y agregaron diversos territorios al número de los países civilizados. Lo que se dice de ciudades improvisadas en América se vió lo mismo en Australia, y como la fortuna de los colonos se hacía rápidamente, apenas salían de cimientos los edificios ya presentaban todas las comodidades de las más bellas capitales de Europa. Desde nuestro continente no observábamos las víctimas que se sacrificaban á la avaricia de algunos descubridores de minas, ni cómo los más osados ó más fuertes arrebataban á los demás el fruto de sus afanes, ni cómo frecuentemente carecían de vigor las leyes para castigar los crímenes, sustituyéndolas con la de Lynch la venganza privada, ni de qué manera sociedades que contaban años de existencia parecían ya gastadas como las que más del mundo antiguo. California y Australia, donde se buscaron y acumularon grandes riquezas en muchos menos años que en América, por las grandes minas presentaron en ese tiempo el mismo espectáculo de bienes y de males que las metalíferas comarcas de Méjico y el Perú; pero también la fiebre del oro, exactamente descrita por Bret Harte en lo que á California se refiere, fué desapareciendo más